



■ **María Dolores FERRERO BLANCO**, *La Nicaragua de los Somoza (1936-1979)*, Huelva, Universidad de Huelva, 2010, 809 páginas, **por Ádám Anderle** (Universidad de Széged, Hungría).

Hasta tiempos recientes, la historiografía española consideraba, fundamentalmente, a la historia de América Latina como parte integrante de su historia nacional. Y, por eso, mostraba menor interés por la evolución histórica de la América Latina independiente, después del período colonial. No obstante, en las últimas dos décadas hemos podido observar una paulatina apertura en las ciencias históricas españolas hacia la historia de la América Latina independiente, como a la de otras regiones del mundo.

Carlos Malamud, autor del prólogo español del libro de María Dolores Ferrero, subraya que la obra representa ese mismo interés creciente de los investigadores españoles por la historia universal. La profesora de la Universidad de Huelva inició sus investigaciones sobre la historia de la minería andaluza, pero a partir de los años noventa, el foco de sus investigaciones se dirigió a la Europa Centro-Oriental, escudriñando las características de la región, en el período de la Guerra Fría, en los documentos diplomáticos españoles de la época. Su libro *La Revolución Húngara de 1956. El despertar democrático de Europa del Este*, publicado en 2002 es, de hecho, no solo una investigación sobre esa revolución, sino una síntesis de toda esa etapa. Asimismo, en las publicaciones siguientes de la autora, después de 2000, se percibe un creciente interés por la historia de América Central durante la Guerra Fría. En este sentido, la propia autora recuerda en su introducción cómo una visita familiar prolongada en Nicaragua fue decisiva en la consolidación de su idea de una investigación comparativa de “los dos bloques” anteriormente mencionados.

El autor del prólogo nicaragüense, Ernesto Castillo Martínez (ministro del primer gobierno sandinista, y más tarde, embajador en Moscú) llama la atención sobre este enfoque doble de Ferrero: durante la Guerra Fría, la evolución de las relaciones de los Estados Unidos con los países de América Central —pertenecientes a la zona de influencia inmediata de su vecino del Norte— se asimilaba a las dinámicas de poder entre Moscú y sus satélites de Europa Centro-Oriental. Según María Dolores Ferrero, los dos bloques, del Este y del Oeste, funcionaban con rasgos similares en su lógica interna, motivo por el cual la dictadura nicaragüense podía ser un buen ejemplo de un sistema autoritario en el hemisferio occidental.

En el libro, la analogía entre el modus operandi de los bloques de poder en Oriente y Occidente queda reforzada por hechos históricos de peso significativo. Hasta lectores de amplios conocimientos sobre la historia de América Latina podrían sorprenderse al constatar la brutalidad de ciertas dictaduras de la región, apoyadas por los Estados Unidos bajo el lema del anticomunismo. De éstas, el período de los Somoza, convertido en una dictadura hereditaria, se destaca, sobre todo, por su prolongación y por el hecho de ser “el bastión del anticomunismo” en la región centroamericana.

Junto a ello, su herramienta más fiable y efectiva, la Guardia Nacional —ejército y policía—, transformada en el ejército privado de los Somoza y entrenada en las bases militares de Estados Unidos en la Zona del Canal de Panamá.

El libro es, en esencia, una historia política y económica de la etapa presidida por los Somoza. En él se desarrolla, con una extensa documentación, tanto la evolución de la dictadura, como la de los movimientos de oposición, todo ello inserto en una realidad socio-económica compleja y caracterizada por una extrema desigualdad e ilegalidad jurídica. En el capítulo introductorio, Ferrero —planteando la temática de los capítulos posteriores— no sólo resume los acontecimientos principales de la historia del país centroamericano a comienzos del siglo XX, sino que también formula las hipótesis generales del trabajo y, en realidad, de la historia de Nicaragua. Según la autora, fueron dos los factores principales que influyeron en la historia de esta nación: por un lado, la herencia colonial española y por otro la cercanía de los EE.UU. La primera, que, facilitada por la considerable distancia de la metrópoli, depositó ciertos derechos en manos de latifundistas que siguieron influyendo hasta en el siglo XX; los dueños del poder político local, que abusaron del poder estatal para incrementar su potencia económica. Tanto la constitución del país, inspirada —aunque tergiversada— en el modelo norteamericano, como la práctica política del bipartidismo (liberales y conservadores) fueron meras caricaturas del pluralismo político. La lucha entre los partidos fue, ciertamente, un conflicto entre “pandillas”, sin ideales políticos, que se manifestaba en la rivalidad de las dos principales ciudades nicaragüenses, León y Granada.

El segundo factor dominante de la historia nicaragüense fue, según la autora, la presencia e influencia permanente de los Estados Unidos. Nicaragua tenía un peso estratégico considerablemente mayor que los demás países de América Central. Las características favorables del Gran Lago de Nicaragua ofrecían condiciones óptimas para la posible construcción de un canal interoceánico, una alternativa que resurgió varias veces durante el siglo XX. Más tarde, cuando se optó finalmente por el Canal de Panamá, su proximidad al mismo garantizaba la seguridad del estrecho, además de que el potencial económico del país también atraía la inversión norteamericana, no solo en la rama de la agricultura de plantación (caña de azúcar, café, algodón), sino también en el sector minero de la costa atlántica, rica en recursos. Para los Estados Unidos, la protección de la seguridad de sus inversiones justificó y perpetuó las intervenciones armadas en el país durante la mayor parte del siglo XX. De ese modo, en el primer tercio del siglo, la guerra de guerrillas de Augusto César Sandino contra los marines estadounidenses fue el primer capítulo de esta historia, precedente de la llegada de Anastasio Somoza García. Alzado al poder en medio del conflicto armado contra la resistencia de los hombres de Sandino, y convirtiéndose en jefe de la Guardia Nacional, con el apoyo de los Estados Unidos, organizó la traición y ejecución de Sandino (en 1934). Así se ganó la confianza de sus aliados norteamericanos y comenzó su carrera política inaugurando la dinastía de los Somoza.

Tras el capítulo introductorio, la autora divide su obra en cinco unidades principales. La historia de la dictadura abarca tres capítulos de la segunda unidad, siguiendo cronológicamente los regímenes sucesivos de los tres Somoza: Anastasio Somoza García, Luis Somoza Debayle y Anastasio Somoza Debayle). Una sección independiente está dedicada al tema de las décadas de la resistencia contra la dictadura, con un enfoque especial en la historia del movimiento sandinista. La cuarta unidad presenta los años sangrientos y brutales de la época final de la dictadura (1974–1979), mientras la última, quinta parte del libro investiga el eco nacional, y sobre todo, las repercusiones

internacionales de las atrocidades de la dictadura y los movimientos de protesta.

El capítulo probablemente de mayor novedad historiográfica en el marco internacional es la presentación detallada, de cientos de páginas, de los asuntos económicos y las finanzas de la familia Somoza. Según el prologuista nicaragüense, Ernesto Castillo, esa es una parte muy instructiva para la comprensión de la historia actual de Nicaragua. Además, tengo que añadir que este capítulo es aleccionador al describir el funcionamiento cotidiano de la dictadura, presentando sus rasgos más negativos, recogiendo en detalle cómo los Somoza y su clientela amasaron sus bienes con desenfado por medio de la violencia, el fraude y la malversación de los bienes estatales. En palabras de Carlos Malamud por ello es absolutamente oportuno el uso del término “cleptocracia” para describir el tipo de poder de la dictadura.

Después de la introducción, la autora ofrece una descripción detallada de las dictaduras consecutivas de los Somoza. Ferrero subraya que la primera dictadura de Anastasio Somoza García (1936-1956), forjada con sangre pero también con el uso exitoso de la demagogia populista, ya obtuvo el apoyo de los empresarios ricos y de los partidos. Sin embargo, como también se indica, la verdadera base de la dictadura fue la Guardia Nacional, organizada por Somoza para sustituir el ejército suprimido; una fuerza extraconstitucional que cumplió a la vez las funciones del ejército, policía y servicios secretos. Incluso, durante los breves períodos en que, debido a la presión de los Estados Unidos, alguien fuera del clan Somoza ejercía nominalmente, “por decoro”, el poder presidencial, el cargo del director de la Guardia Nacional (“director general”) permanecía en manos de los Somoza y garantizaba la continuidad de poder. De esta manera, los presidentes constitucionales fueron relegados a ser títeres de los Somoza. Este período fue la época dorada de la cooperación del clan Somoza con los Estados Unidos, y el extenso material fotográfico del libro ofrece una clara ilustración de estos vínculos casi familiares.

También durante este primer período, la coyuntura económica favorable también facilitó el incremento del poder de la familia Somoza, consolidado mediante los diversos pactos realizados con la élite económica del país. Fue Anastasio Somoza García quién inició la acumulación de bienes del clan, sin escrúpulo alguno. En base a ello, para 1956, el 10% del terreno cultivable estaba en manos de la familia, convirtiéndola en uno de los mayores latifundistas de Nicaragua. Según Ferrero, gran parte de estas adquisiciones provenían de tierras de propiedad alemana, expropiadas durante la Segunda Guerra Mundial. Entre 1953 y 1963, Luis Somoza Debayle ejerció el poder en un país ya sumergido en la crisis política y económica. El dictador siguió con el apoyo de los Estados Unidos, pese al fracaso de una débil iniciativa de reformas. Lo efectivo fue que demostró el mantenimiento de la vocación anticomunista en la región de Centroamérica y del Caribe en los años turbulentos de la victoria de la Revolución cubana, a pesar del nacimiento contemporáneo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Seguidamente, y durante el primer gobierno de su sucesor y hermano, Anastasio Somoza Debayle (1967-1974), fueron creciendo los movimientos políticos y sociales de resistencia. Después del terremoto de 1972, que destruyó la capital, Managua, el apoyo internacional de varios cientos de millones de dólares fue malversado por el presidente en favor de su familia. Managua seguía en ruinas y se convirtió en símbolo de la dictadura de los ladrones, mientras la indignación general también apuró la consolidación de los movimientos populares de resistencia. Según observa Ferrero, a partir

de entonces la dictadura consideraba el pueblo entero como enemigo y finalmente, el malestar general e interclasista desembocaría en una resistencia que derrotó a la dictadura.

La autora expone paralelamente la historia, acciones y disputas internas de los diferentes sectores en que se dividió en los primeros años setenta el FSLN. En el libro queda patente que el FSLN era una organización heterogénea, tanto en su política como en su ideología: los sectores religiosos —sobre todo los afectos a la Teología de la Liberación— tuvieron un peso considerable en el Frente (en el primer gobierno sandinista, había tres ministros sacerdotes) y el marxismo, más o menos asimilado, y la desesperación popular, sin más, hicieron el resto. Según Ferrero, la característica y la virtud más importante del movimiento fue el pragmatismo, también presente en el programa de la Frente después de la victoria, cuyos puntos clave eran el pluripartidismo, la economía mixta, y el No Alineamiento. En estos capítulos, se hace énfasis especial en la presentación de la dureza de la dictadura, la lucha de la resistencia y el eco internacional de los conflictos. Varios subcapítulos, con un rico material fotográfico, tratan los episodios más significativos, como los secuestros, la toma del Parlamento, las viviendas ilegales, las consecuencias del terremoto de 1972, los enfrentamientos decisivos en la lucha, los asesinatos de la Guardia Nacional, el empleo de la tortura o las condiciones de las prisiones. La autora también describe, con gran empatía, el papel de muchas mujeres participantes en la resistencia.

Por lo que respecta a la estimación sobre el número de víctimas de la dictadura, Ferrero realiza la conexión de numerosas fuentes con este tema, ya que después de la caída de las dictaduras en los países latinoamericanos, cada país inició la investigación de sus víctimas y de las dimensiones verdaderas de la destrucción, generalmente en el marco de organizaciones estatales, las “comisiones de la verdad”. La autora compara los datos nicaragüenses con el número de las víctimas de las dictaduras en la región de América Central y algunos países de América del Sur. En ese aspecto, y según las investigaciones hasta ahora realizadas —incluyendo las víctimas de asesinatos políticos y criminales, de torturas, de los ataques armados contra manifestaciones, de campos de concentración y los desaparecidos en las “sacas” rurales durante los 43 años de dictadura de los Somoza—, Ferrero considera muy probable que se alcanzaran las cien mil víctimas. Cifra que es la más alta en comparación con los demás países de la región centroamericana, ya que en aquella época, la población de Nicaragua rondaba los dos millones de habitantes. Al mismo tiempo, casi la mitad de las víctimas murieron en los dos últimos años de la lucha armada (1977-1979), y la autora también subraya el hecho que el número de mutilados e inválidos pudo llegar a varias docenas de miles.

En el último capítulo, Ferrero presenta la evolución de las propiedades y de las finanzas de la familia Somoza, indicando que a pesar de la vasta selección de información relacionada, con detalles muchas veces chocantes, las estimaciones probablemente siguen estando calculadas muy “a la baja” al compararlas con la realidad. Las listas particulares, declaraciones de bienes, o aportes testamentarios de los Somoza indican la misma tendencia. Las listas, sin embargo, aunque sean muy largas y detalladas (por ejemplo, el inventario de propiedades de Anastasio Somoza García, de 1951, contiene más de 140 entradas, incluyendo solares urbanos, empresas y entidades financieras, etc. o el de 1956, en que ya poseían el 10% de la superficie de Nicaragua), debido a la falta de transparencia y a la censura, sirven solo para trazar los contornos de las verdaderas dimensiones del poder económico del clan Somoza. Como complemento, el análisis de la declaración de bienes de 1967 y el testamento del último de los Somoza, Anastasio Somoza Debayle, de 1977, vuelven a asombrar por la cantidad de

bienes inmuebles y títulos de valores de varios cientos de millones de dólares que hacen imposible contabilizar todo el valor de sus posesiones: inversiones en minería, en comercio interior e internacional, en los sectores azucarero y algodonero, pesca, industria alimenticia y en el sector de servicios. La autora hace observar que en la reconstrucción de las propiedades que se hizo en el exilio por varios profesionales y periodistas, se podía transitar de la “A” a la “Z”, por todo el abecedario, mencionando negocios o empresas de la familia presente en todos los sectores. En referencia a ello, ofrece varias páginas de datos y gráficos, indicando otra vez que la lista aún está lejos del volumen total.

El libro también cita ejemplos del proceso de enriquecimiento de la élite allegada a la dictadura: acaparamientos por presiones de la Guardia Nacional; millones de dólares depositados en las cuentas corrientes del clan Somoza por empresas extranjeras a cambio de permisos y favores estatales; malversación de fondos estatales o expropiaciones forzosas que fueron pasos previos en su proceso de acumulación originaria. Así fue posible que después de la caída de la dictadura, a pesar de los bienes inmuebles perdidos, los Somoza que huyeron del país siguieron siendo (según sus propias declaraciones) dueños de cuentas corrientes valoradas en varios cientos de millones de dólares en bancos suizos y norteamericanos. De esta manera, utilizando la infraestructura y el potencial económico nacional para su propio bien, los Somoza llegaron a ser una de las familias más ricas de Nicaragua; de un país donde 65.732 campesinos (el 75,7 % de los propietarios de tierra) contaban únicamente con el 13% de las tierras, mientras los 1.651 latifundistas del país (1,6% de los propietarios en total) eran dueños del 65% de las tierras cultivables de la buena calidad. Para la época final de la dictadura, Nicaragua era un país extremadamente empobrecido, de índices muy altos de analfabetismo, con una deuda externa creciente, y una reducción continuada de la producción nacional y de la inversión extranjera.

El carácter de esbozo que la autora subraya en lo referente a las estimaciones económicas no es una carencia del libro, sino el reflejo del estado actual (inicial) de las investigaciones básicas de historia económica sobre el tema que, con el tiempo, estoy seguro de que especificarán y complementarán las hipótesis de María Dolores Ferrero. Naturalmente, esto será una tarea para toda la historiografía de y sobre Nicaragua. Los hallazgos de las futuras investigaciones de historia social también podrían ser interesantes si se acercan a la psicología del poder, para entender las relaciones de los diferentes grupos sociales con la dictadura, por ejemplo, en el caso de la confrontación de los mineros indígenas misquitos empleados en las minas del litoral atlántico con los sandinistas en la época de la guerra civil -ya en la década de 1980- llena de tensiones políticas.

La autora aporta fuentes diversas para indicar que la derrota de los Somoza fue el resultado de esta plena cooperación nacional. Los grupos de la oposición, divididos entre sí por diferencias en las cuestiones políticas y sociales, se reconciliaron en un punto cardinal: había que desterrar a los Somoza. Esta cooperación nacional logró la victoria mediante una revolución popular, en la cual fue evidente el liderazgo del FSLN. El camino, iniciado hacia mediados de los años setenta, reunió incluso a los grupos antes conformes con el orden político y social (los empresarios y las clases medias), que se volvieron en contra de la dictadura cada vez más feroz e invasiva en sus negocios. Durante la presidencia de Jimmy Carter (1977-1981), la relación de los Estados Unidos también se enfrió frente al dictador, un aliado cada vez más inconveniente en la esfera internacional. El momento crucial desencadenante de la ofensiva contra la dictadura fue el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro



por la Guardia Nacional en enero de 1978. Perteneciente a la antigua burguesía nicaragüense, Chamorro fue propietario y editor del periódico de la oposición, *La prensa* y símbolo de la resistencia popular. Las repercusiones de este asesinato político terminaron de unificar a las fuerzas y movimientos de oposición.

La autora aporta fuentes diversas para indicar que la derrota de los Somoza fue el resultado de esta plena cooperación nacional. Los grupos de la oposición, divididos entre sí por diferencias en cuestiones políticas y sociales, se reconciliaron en un punto cardinal: había que desterrar a los Somoza. Esta cooperación nacional logró la victoria mediante una revolución popular, en la cual fue evidente el liderazgo del FSLN. El camino, iniciado hacia mediados de los años setenta, reunió incluso a los grupos antes conformes con el orden político y social (los empresarios y las clases medias), que se volvieron en contra de la dictadura cada vez más feroz e invasiva en sus negocios. Durante la presidencia de Jimmy Carter (1977-1981), la relación de los Estados Unidos también se enfrió frente al dictador, un aliado cada vez más inconveniente en la esfera internacional. El momento crucial desencadenante de la ofensiva contra la dictadura fue el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro por la Guardia Nacional en enero de 1978. Perteneciente a la antigua burguesía nicaragüense, Chamorro fue propietario y editor del periódico de la oposición, *La prensa* y símbolo de la resistencia popular. Las repercusiones de este asesinato político terminaron de unificar a las fuerzas y movimientos de oposición.

Examinando el amplio volumen y el uso de la bibliografía y fuentes del libro, resulta evidente que la obra de Ferrero es el primer trabajo verdaderamente completo sobre la dictadura de los Somoza. Como Ernesto Castillo indica, también en su prólogo, después de un libro sobre Sandino, de 1933, escrito por un periodista vasco, no se publicó nada sobre la historia de Nicaragua hasta 1979. En efecto, aparte de dos libros y algunos artículos de prensa (sobre todo, reacciones internacionales a las atrocidades flagrantes de la dictadura), todas las obras citadas por la autora son posteriores a 1979. Debido a esa escasez de obras contemporáneas sobre la dictadura, la cantidad de fuentes documentales y hemerográficas utilizadas en el libro es muy grande y tiene un valor de novedad importante. Aparte de las fuentes archivísticas nicaragüenses más conocidas, como el Archivo de la Nación, Archivo del Centro de Historia Militar, merece mención especial la aportación de cientos de documentos del archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA), entre cuyos fondos se encuentra el archivo privado de los Somoza, extensamente consultado por la autora. Igualmente, Ferrero también consultó los fondos del Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, así como una selección extensa y variada de fuentes de prensa, periódicos y revistas de Nicaragua, América Central, la República Dominicana, México, Argentina y los Estados Unidos. En una sección aparte se mencionan las fuentes de instituciones, con documentos del Banco Central de Nicaragua, del Banco de España, de la CEPAL y del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía y, en otra, el conjunto de entrevistas realizadas por la autora entre 2004 y 2009 a 14 líderes del movimiento sandinista. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la cantidad de fuentes de este último tipo es mucho mayor, ya que Ferrero incluye las biografías y memorias existentes de líderes o participantes en los hechos, en la bibliografía general.

En relación con las memorias, desearía llamar la atención sobre un fenómeno muy particular de la Nicaragua actual, recogido en el ensayo historiográfico de Michael Gobar en la revista *Mesoamérica*. En él expone el empeño enconado del sandinismo oficial actual por apropiarse de la

memoria del sandinismo histórico, modificando situaciones y protagonismos hasta incurrir en la mentira manifiesta. Sin embargo, fueron los líderes sandinistas que se enfrentaron a Daniel Ortega en las décadas de 1980 y 1990, y que dejaron el movimiento después del primer gobierno, los que han seguido siendo su oposición en la actualidad. Son los que consideran que este “sandinismo” nada tiene en común con el salido de la revolución. Contemplando la lista de entrevistas de Ferrero, se observa que son precisamente las de aquellos que abandonaron ya que, en su criterio, las opiniones de los líderes sandinistas que entonces se opusieron a Ortega son las más auténticas.

El hecho de que la autora se haya acercado físicamente y emocionalmente al tema de su investigación —como indica también Carlos Malamud en el prólogo, cuando dice: “a lo largo de todas estas páginas se siente permanentemente la proximidad de la autora con su objeto de estudio “— da como resultado una atmósfera especial al libro, además de que trasluce una gran simpatía hacia la ideología y los hechos de los que desafiaron al cruel sistema dictatorial. Al mismo tiempo, en la yuxtaposición de la historia de la oposición con los acontecimientos posteriores a la victoria, y sobre todo, con la segunda presidencia de Daniel Ortega, también se puede percibir una actitud de desencanto por parte de la autora. Los capítulos del libro contienen ciertas alusiones a los años posteriores a 1979, presentando como la unidad nacional encarnada en la Junta de Gobierno se disolvería rápidamente por la actitud tempranamente radicalizada de los sandinistas. En el epílogo del libro, tras un recuento de las ilusiones perdidas, la autora llega a la conclusión de que “las revoluciones no triunfan”.

La decepción resalta la continuidad de varios elementos de la dictadura odiada en el nuevo poder sandinista: el caudillismo populista, la corrupción, la plutocracia, la insensibilidad social etc. La misma decepción que se refleja también en el prólogo nicaragüense del tomo, el del ex-ministro sandinista Ernesto Castillo Martínez, quien termina diciendo con cierto pesimismo: “*En lo personal, como lector, espero que este libro genere en otros lectores dos preguntas: ¿Este Frente Sandinista de hoy responde a los valores por los que luchó Sandino y los que murieron para legar a las nuevas generaciones una Nicaragua distinta a la vivida en el Somocismo? ¿Quiénes son actualmente los dueños, usufructuarios actuales, de la inmensa fortuna acumulada por los Somoza y sus allegados durante tantos años?*”

Efectivamente, estas preguntas también podrían figurar en un acta de acusación contra muchos los líderes actuales del Frente Sandinista.

**Ádám Anderle**  
Universidad de Széged (Hungría)  
anderle@hist.u-szeged.hu  
(traducción de Anna Virágh)